



*La razón*  
eres tú

II

*Blanco opresivo, Negro lóbrego, Rojo rabioso*

ANALÍ SANGAR



Primera edición en digital: junio 2017

Título Original: La razón eres tú II.

Subtítulo: Blanco opresivo, negro lóbrego, rojo rabioso

©Analí Sangar 2017

©Editorial Romantic Ediciones, 2017

[www.romantic-ediciones.com](http://www.romantic-ediciones.com)

Imagen de portada © Branislav Ostojic

Diseño de portada: SW Dising

ISBN: 978-84-16927-50-0

**Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.**



A mi hermana por mostrarme todas las razones ocultas que  
yo no soy capaz de ver.

## PRIMERA PARTE

### Blanco opresivo

*Cuando tan solo el hecho de respirar duele y la vida carece de valor al haber perdido todo aquello que le daba sentido.*

*Cuando los sueños se hacen inalcanzables al romperse los hilos de la vida y lo único que queda es asumir lo peor en el transcurso del tiempo.*

*Blanco es todo. Una mezcla perfecta de arcoíris. Un espectro donde danzan todos los demás colores vivos.*

*Blanco es nada. Triste, vacío. Cargado de una ilusoria grandeza y falsa sensación de libertad para ocultar los peores miedos.*

*Todo es nada. La melancolía se abre paso y oprime, atrocemente, los corazones malheridos.*

## 1

# Anhelando un imposible

## NOE

*Tenía mi nariz justo en el hueco de su cuello y con cada inspiración que tomaba mis pulmones se llenaban de olor a él. Un aroma inigualable que reconocería a distancia y con los ojos cerrados. Una fragancia común para los demás y tan excepcional para mí. Ese perfume tan cautivador y purificante a la misma vez era la esencia de Mario.*

*Al tiempo que aspiraba, empapándome de él, lo escuchaba entonar una melodía armoniosa y relajante.*

*Nuestros cuerpos, calentados por la fina arena de una playa, se templaban con las gotas salpicadas del romper de las olas en la orilla. Me envolvía con sus brazos mientras permanecíamos allí tumbados.*

*Seguí respirando en su cuello, besando, cada poco, la zona del mismo donde sentía latir enérgicamente su corazón. Mis labios le provocaron cosquillas y lo escuché reír. Una risa suave y silenciosa que movía su tórax revelándome la sensación que le producía el roce de mi boca en su piel. Tensó el brazo alrededor de mi cintura, acercándose más a él para que no quedara un resquicio de separación entre nosotros, y llenó los pulmones de oxígeno. Después de unos segundos, exhaló lentamente el aire contenido, que arrastró al exterior todas las tensiones acumuladas e hizo que su corazón se serenara.*

*El sol calentaba mi piel, pero no era comparable al ardor que mi cuerpo experimentaba al contacto con el suyo. Mario era cálido de una forma enloquecedora. Una calidez*

que nacía en su interior y se extendía como un mar de fuego hacia la superficie, inundándolo todo.

Subí la mano hacia su áspera barba, hasta rozar sus labios con las puntas de mis dedos. Perfilé su contorno y él mordió suavemente la yema de uno de ellos. No pude evitar el escalofrío que sentí con esa leve presión de sus dientes. Él notó mi estremecimiento y se volvió a reír.

Mi mano continuó su camino de ascenso hasta enredarse con su cabello; ese pelo negro, despuntado, que no precisaba de orden y que seguía sus propias reglas proporcionándole esa imagen tan descuidada y atractiva a la vez. Lo desenredé con mis dedos, paseándolos lentamente desde la raíz a las puntas, sintiendo entre ellos su fina textura.

Quise incorporarme para besarlo y no me lo permitió; ciñó sus manos alrededor de mi cintura, evitando que pudiera moverme, y me mantuvo recostada junto a él. Volví a escuchar su risa mientras hacía prisionero mi cuerpo entre sus fuertes brazos.

Una ola entrometida nos lamió los dedos de los pies y, ante ese álgido contacto, los encogí. No quería volver a sentir frío nunca más. Quería abrasarme entre sus brazos, fundirme en su boca hasta derretirme.

—Bésame —susurré en su cuello.

Respiré hondo y me llené de olor a sal, a mar y a Mario.

Suavizó la fuerza de su agarre para que pudiera moverme, y yo, desesperada por rozar sus labios, me incliné por encima de él hasta que mi cuerpo quedó tendido sobre el suyo. Busqué sus ojos con los míos, pero los mantenía cerrados protegiéndose de los rayos de sol que le acariciaban el rostro. Entonces me centré en sus labios y en la sonrisa que se dibujaba en ellos. Los miré con deseo, inclinando la cabeza hacia un lado, y me acerqué hasta que nuestras respiraciones se mezclaron agitadas. Solo unos milímetros me separaban del sabor de su boca cuando cerré los ojos, y al notar el primer roce de su lengua, contuve la respiración.

—Noe. —*Mi corazón se disparó y, sin despegarme de sus labios, abrí los ojos para mirarlo—.* Noe.

*Mario decía mi nombre, aunque no era su voz la que llegaba a mis oídos.*

—*¡Noe!*

Me encontré con unos ojos verdes que me observaban.

No era el verde jade de los ojos de Mario lo que veía, sino el verde esmeralda de los de Mila.

—Noe, venga, despierta, que se te va a hacer tarde. Ya estoy aquí. Vete a casa.

Asustada, miré a mi alrededor para estrellarme con ese blanco opresivo que vestía toda aquella habitación y me ahogaba, notando de nuevo esa asfixia que me dominaba desde hacía más de dos semanas.

\*\*\*

Dos días después de que Mario regresara de la muerte fue trasladado desde la Unidad de Cuidados Intensivos a planta, y aunque continuaba en coma y altamente vigilado, permitían a uno de nosotros quedarse a su lado. No era igual con el resto de pacientes, los cuales compartían habitación de dos en dos y podían ser visitados por familiares y amigos a cualquier hora. En el caso de Mario era distinto. En su habitación no había ningún otro ingresado que le hiciera compañía y tan solo dejaban que una persona estuviese con él. Únicamente hacían la vista gorda, dándonos unos minutos de margen, cuando llegaba el relevo. Mila acababa de llegar para relevarme.

Yo había pasado la noche junto a él, al igual que las anteriores desde que fue trasladado. Dormitaba en un incómodo sillón, sujetando su inerte mano con la esperanza de notar una mínima presión en mis dedos, y me iba por la mañana, cuando llegaba Mila, para volver al finalizar mi jornada laboral y no salir de allí hasta la mañana siguiente cuan-

do ella entraba de nuevo por la puerta de esa triste habitación.

Mila había pedido en la librería que le cambiaran el turno a las tardes. Esa fue la única solución que encontramos para no dejarlo solo ni un segundo.

Los padres de Mario se mudaron del pueblo a la capital al día siguiente del accidente y permanecían la mayor parte del tiempo, que pasaban en el hospital, en la sala de espera rezando por un milagro que no sucedía. Teresa y José no eran muy mayores, pero debido al estado en el que se encontraba Mario, los años parecieron caerles encima y aparentaban una edad que no les correspondía. Además de estar destrozados psicológicamente, se les veía cansados y frágiles, de modo que delegaron la responsabilidad del cuidado de su hijo en nosotras. No me importó. De haber podido me hubiese mantenido las veinticuatro horas a su lado, sin embargo, no podía abandonar mi trabajo. Así que todas las mañanas, cuando él estaba acompañado por Mila, me pasaba por casa para darme una ducha y cambiarme de ropa antes de dirigirme a la inmobiliaria, deseando que fueran las dos para volver a entrelazar sus dedos con los míos.

Los chicos de su banda y la pareja pasaban todas las tardes por el hospital para verlo. Yo me salía de la habitación el tiempo que duraba la visita. Solía ser breve, la verdad; entendía mejor que nadie lo deprimente que resultaba hablarle a una persona que no iba a responderte. El único que parecía soportar el cargante silencio que se respiraba en la 523 era Pinta. Todos los días acudía con Mila, tras recogerla del trabajo, y se encerraba con su amigo en esa maldita habitación que nos tenía esclavizada el alma mientras nosotras bajábamos al bar a cenar algo. Cuando regresábamos, sin apenas haber probado bocado, oíamos a través de la puerta lo que le contaba a Mario. Le hablaba de cosas sobre la banda o de cómo iban los ensayos de los dos temas nuevos que estuvieron más de una semana des-



aparecidos bajo mi sofá. A veces su tono era tan bajito que las palabras no nos llegaban con total nitidez, pero eso no impedía que captáramos perfectamente la tristeza en su voz. A pesar de que trataba de mostrarse optimista delante de nosotras, asegurándonos que a Mario le hacía mucho bien que le hablásemos de cosas normales, no nos engañaba. No obstante, ni Mila ni yo hacíamos preguntas cuando salía con la moral por los suelos, porque sabíamos que él retenía las lágrimas por nosotras, que teníamos los párpados inflamados y los ojos enrojecidos de tanto llorar. Quizá Pinta llorara en la intimidad y se deshiciera de la pena antes de la hora de visita, pero volvía a salir cargando con ella después de estar a solas con su amigo y comprobar que, por muchas ganas que le pusiera y por mucho que le hablara, Mario seguía sin reaccionar a nada.

\*\*\*

—Venga, tía, que Tony al final se va a mosquear contigo por llegar todos los días tarde.

Lo que mi jefe pensara de todo aquello me traía sin cuidado. Solamente iba al trabajo porque tenía que pagar el alquiler de mi piso y yo no contaba con nadie que me echara una mano económicamente; por lo demás, el estado inmobiliario en esos momentos era la última de mis preocupaciones.

—Sí, ya me voy.

No sin antes regalarle a Mario un beso húmedo que hidratará por un segundo sus resecos labios.

## MARIO

Escuchaba su respiración, pero no podía respirar junto a su boca. Sentía el tacto de sus dedos en los míos, pero no lograba acariciarla. Oía su llanto, pero mis manos no eran capaces de secar sus lágrimas. Me besaba dulcemente en los

labios y yo volvía a morirme al no poder corresponder a sus besos.

\*\*\*

No sabía con certeza cuánto tiempo llevaba allí ni cuánto me quedaría, y con cada minuto que mi cuerpo se negaba a responder más me sumía en la oscuridad. De lo que sí estaba seguro era de que habían pasado días, aunque no podía distinguir con claridad los que eran.

En mi interior todo funcionaba de un modo distinto al que conocía hasta entonces. Debido a mi estado había aprendido a desarrollar mejor mis sentidos, o por lo menos, la mayoría de ellos, ya que con los ojos cerrados solo podía imaginar lo que pasaba a mi alrededor. Era complicado, el no ver todo lo que me rodeaba hacía que la apreciación de los detalles fuera menor, y cualquier detalle que tuviese que ver con Noe no quería perdérmelo. Aquello me desesperaba; sabía que todos esos momentos no los iba a recuperar nunca. Mi oído estaba alerta a cualquier conversación o a un mínimo suspiro que saliera de su boca, y mi cuerpo se agitaba internamente cuando ella me rozaba con sus dedos. Había aprendido a distinguir un leve roce suyo de todos los demás; y eran muchas las manos que me tocaban continuamente. Pero las suyas, el tacto de los dedos de Noe, era lo único que sacudía mi interior violentamente y me hacía entender que seguía vivo. Sus manos eran las únicas capaces de hacerme estremecer de aquella manera.

Los recuerdos tampoco me habían abandonado, sino todo lo contrario, recordaba cada rincón de su cuerpo, cada rasgo de su cara, cada sonrisa en sus labios.

Sabía que estaba sufriendo. Lo sabía por el simple hecho de escucharle la voz. Me hablaba a intervalos cortos, pero la notaba muy triste. También sabía que lo que sentía por mí seguía ahí, y me maldije muchas veces por haber luchado contra mi propia muerte, por no haberme rendido cuan-

do se detuvo mi corazón. De ese modo ella hubiese podido pasar página.

En ocasiones deseé que no me quisiera tanto. Luego gritaba en silencio que eso no sucediera, que lo que Noe sentía por mí no se acabara, porque si eso pasaba no me vería con las fuerzas suficientes para seguir luchando. Porque ella, y solo ella, era lo que me mantenía vivo, lo que me daba la energía necesaria para seguir con esa batalla y no abandonarme a un estado vegetativo de por vida. Me amargaba pensar que pudiera durar mucho, o incluso siempre, ya que Noe, aunque continuaba a mi lado, se merecía seguir adelante y yo estaba entorpeciendo que continuara con su vida.

En ese estado también dormía, y constantemente soñaba cosas que tenían que ver con ella. Podía sentir la carne de su cuerpo bajo mis manos o la textura gruesa de su pelo enredándose entre mis dedos. Era capaz de percibir a la perfección el aroma de su piel o sus ojos color café tostado clavados en los míos. La escuchaba gemir pegada a mi oído y sentía mi cuerpo acoplado al suyo, moviéndonos lentamente. Incluso era capaz de apreciar la dureza de sus pechos presionando mi tórax y su cálido aliento en mi cuello. Me deshacía entre sus manos mientras alcanzábamos el orgasmo. Pero cuando despertaba, esa parte de mí que creía haber sentido tanto y que siempre había ido a su puta bola, seguía muerta, dejándome solamente un millón de sensaciones oprimidas en el interior incapaces de salir y expresarse como yo deseaba. Sensaciones amargas por no poder saborear su boca, su cuerpo, toda ella. Eso me contrariaba de tal manera que gritaba desesperado, aunque los gritos solo podía escucharlos yo, porque Noe seguía a mi lado sujetándome la mano, totalmente ajena a mi sufrimiento e ignorando que acababa de hacerle el amor en sueños y que yo lo había sentido real.

Puede parecer egoísta, pero solo encontraba algo de tranquilidad cuando ella me acompañaba. Mis padres y mis

amigos me visitaban, y aunque por un lado lo agradecía, por el otro prefería que no vinieran a verme. En esos momentos no me hacían falta ni sus lamentos ni causar pena, lo que verdaderamente necesitaba era escuchar a alguien decirme que aquello iba a durar poco, que pronto iba a despertar, y eso solo se lo oía decir a Pinta tratando de convencerse a sí mismo, ya que sus palabras de ánimo no se las creía ni él.

Cuando Mila me acompañaba era todavía peor. Ella se quitaba la máscara conmigo y escupía frases salidas de tono, que adornaba con su vocabulario de mierda, en las que se percibían claramente sus miedos y frustraciones. Y si bien es cierto que me hacía sonreír, el notarla tan amargada provocaba que aún me deprimiera más, que fuera más negativo con todo aquello, porque si mi hermana estaba así, ella que siempre le veía a todo una salida airosa, quizá significaba que la situación pintaba más fea de lo que yo pensaba.

\*\*\*

Noe acababa de irse y Mila ya estaba rayándome con sus desvaríos, aumentando las ganas que ya acumulaba de estrangularla. Si alguna vez despertaba iba a mantener una conversación bastante seria con ella. No había sido consciente de lo irritante que podía llegar a ser mi hermana hasta no verme en ese estado. Mila hacía que tuvieras ganas de salir corriendo sin mirar atrás. ¡Qué pena me daba Pinta! Ya la echaba de menos: sus silencios, sus bostezos, su manera tan peculiar de tararear una canción. Todo lo añoraba: sus caricias, sus besos, sus palabras.

Noe no sabía que yo contestaba a cada una de sus preguntas, que la acompañaba a coro cuando cantaba, que lloraba su pena a la par de ella o que pedía el mismo milagro para los dos. Tampoco tenía idea de que, en los ratos que la notaba de bajón, yo deseaba mi muerte, porque sabía que si se encontraba tan mal era precisamente por verme así. Yo quería estar junto a Noe, pero si eso implicaba que fuese a

cualquier precio, estar en semejante estado era pedir demasiado, ya que ninguno nos merecíamos pagar un precio tan alto por estar juntos, y menos de aquella manera. Así no quería vivir.

## 2

## Lo que pudo ser y no fue

## NOE

—Buenos días, Tony.

Mi jefe me saludó con un movimiento rápido de cabeza y siguió inmerso en la gran cantidad de papeles desordenados que poblaban su mesa.

«Otro maldito día sin fuerzas para tirar».

Desde que Mario estaba ingresado me mantenía en todo momento pendiente del reloj, impaciente porque la aguja pequeña estuviera en el uno y la grande en el seis.

Encendí el ordenador por pura costumbre, intentando aparentar una normalidad que no existía, ya que mi cabeza vagaba a su antojo por otros lugares. Lugares en los que el blanco me parecía maravilloso y el naranja de unas llamas lo más cálido del mundo. Ahora el único naranja que me acompañaba era el de las frías paredes de la inmobiliaria.

Saqué el teléfono móvil y lo posé en mi regazo para que Tony no pudiera verme, y, con la misma nostalgia de todos esos días, volví a mirar las fotos que había agrupado en álbumes individuales.

Abrí el álbum al que puse como título «*Perdidos*». Allí aparecía la casita de la montaña rodeada por kilómetros de nieve. Pasé rápido con el dedo hasta llegar a una foto donde salía Mario sentado en el porche con el cuello del abrigo subido, para protegerse del frío, y un gorro de lana negro a juego con su pelo. Él miraba el cielo con sus preciosos ojos entornados. En la siguiente, con la boca abierta y la expresión divertida, intentaba comerse toda una porción de pizza la última noche del año, y en otra se veía sentado

sobre la mullida alfombra con su guitarra entre las manos observando las llamas de la chimenea.

Cerré esa carpeta cuando las imágenes comenzaron a volverse borrosas y respiré profundamente hasta que las ganas de llorar desaparecieron.

A continuación, abrí la carpeta con el título «*San Valentín*». ¡Quién me iba a decir a mí que en apenas dos semanas nuestras vidas cambiarían tan drásticamente! De haberlo sabido hubiese hecho todo de otra manera. Las primeras fotografías eran de la mesa, las flores y las velas que la adornaban. Luego estaban las que me hacían daño, las que protagonizaban él y esa mirada llena de vida. Volví a sentir ganas de llorar al mirar detenidamente una en la que estaba sonriendo, en la que la expresión de su verde mirada lo ocupaba todo. Esa preciosa sonrisa me la dedicaba a mí mientras le tomaba la foto. Seguramente yo también le sonreía.

Intenté tragar el nudo de mi garganta, pero continuó allí atascado haciéndose más grande; había acampado en mi tráquea a sus anchas impidiéndome incluso el poder alimentarme en condiciones.

Cerré también esa carpeta para abrir la que ponía «*Pillado*». Ese álbum era solamente de él, de fotografías que yo le había tomado sin previo aviso para poder inmortalizar todas sus expresiones. Era el que más lo definía, el que mejor captaba a cada uno de los Marios que vivían en él, el que más y mejor me recordaba la persona que era. Pasé con el pulgar una a una, deteniéndome unos segundos en cada imagen, volviendo a enamorarme de cada mirada, de cada sonrisa, de cada gesto imperceptible en su perfecta cara. Era agonizante la desesperación que sentía al pensar que, tal vez, nunca más volviera a mirarme de aquella manera, o que jamás volviera a escuchar la tonalidad de su voz. Por eso, mientras me cambiaba en casa por las mañanas, ponía a reproducir en el equipo los CDs de Underground, para así poder retener una parte de ella y al menos mantener fresco